

# La metáfora antropófaga

K. David Jackson

## Dos teorías impertinentes

¿Antropofagia en Machado de Assis? El tema –tan emblemático de este siglo–, lanzado en el manifiesto vanguardista de Oswald de Andrade, de 1928, y revisitado en las exposiciones de la reciente XXIV Bienal de São Paulo y del Museo Nacional («Antropofagia: Relecturas»), también mereció atención especial en la obra de Machado de Assis. El humanitismo, sistema filosófico inventado por el «náufrago de la existencia», mendigo inopinado, filósofo y heredero Quincas Borba (en *Memorias póstumas de Brás Cubas* y *Quincas Borba*), desarrolla una teoría antropológica comparable al futuro manifiesto de vanguardia. Al final de una refección, entre el queso y el café, chupando filosóficamente un ala de pollo, Quincas revela los principios del humanitismo, una idea tan radicalmente reduccionista que todo se explica por la «consumación de las cosas», en un tipo de endocanibalismo de escala universal. Siendo cada hombre una reducción del principio universal, *Humanitas* continuamente consume su propia víscera. El sacrificio de una parte no significa que haya muerte sino apenas un equilibrio que asegure la supervivencia de las otras. Quincas explica a sus discípulos sucesivos, los dos «ignaros» Brás Cubas y Rubião, ese supremo sistema que resuelve las profundas luchas y los sufrimientos psicológicos y éticos de las sociedades, en un discurso que junta un optimismo fácil panglosiano a la necesidad de regeneración nacional:

Es singularmente espantoso este sistema mío; rectifica el espíritu humano, suprime el dolor, asegura la felicidad, y llena de inmensa gloria a nuestro país. Le llamo Humanitismo, de *Humanitas*, principio de las cosas... y si algo hay que pueda hacerme olvidar las amarguras de la vida, es el gusto de haber al fin hermanado la verdad y la felicidad. He aquí en mi mano esas dos esquivas; después de tantos siglos de luchas, búsquedas, descubrimientos, sistemas y caídas, hélas aquí en las manos del hombre.

(*Memorias póstumas*, XCI).

En esa suma, sátira de las grandes teorías científicas y providencialistas, como las de selección natural darwiniana y la de orden positivista, tan influyentes en el pensamiento sociopolítico del Brasil en las últimas décadas del siglo XIX, Machado también anticipa ciertos temas-clave de las vanguardias literarias, sobre todo del futurismo —el primitivismo, el hambre, la guerra— todo lo que representa o apela a la agresividad por la trascendencia.

Aprovechándose de técnicas de distanciamiento, Machado y Oswald crean contextos lúdico-cómicos para lanzar esas «teorías» contrarias, sean en el paradigma del discurso patriótico empleado por el personaje-autor Quincas, sea en las formulaciones aforísticas del manifiesto. Se abre un espacio donde la alteridad local, la exageración y la inversión de colores se incorporan a las corrientes filosóficas «importadas» de Europa, sea en él las migajas de sandeces que Brás Cubas repara en Quincas Borba, sea en el revisionismo de la civilización colonial del manifiesto. El humanismo, aunque más discreto —el estilo velado y elegante es comparable al del cuento caníbal pessoano «Um jantar muito original»— anticipa tanto la impertinencia como los conceptos del manifiesto de vanguardia, llegando los caníbales machadianos y oswaldianos a comer del mismo plato. El manifiesto retoma algunos conceptos de los romances en la medida que, en el espíritu del autor difunto, las novelas «repiten» algunas de las célebres frases del manifiesto, sobre todo aquéllas que asocian la alegría al primitivismo.

El estudio magistral de Majorie Kilgour (*From communion to cannibalism*, Princeton, University Press) demuestra que la antropofagia ha sido tema constante en la literatura occidental. La aproximación inesperada entre las épocas de fin de siglo y las vanguardias históricas se explica por una fuente común, el germen primitivista activo en las corrientes de darwinismo sociopolítico y «científico» que circularon en el fin del siglo en las teorías de Comte y Spencer, oponiendo naturaleza y cultura. Para Machado, los nuevos conceptos llamados científicos —el vitalismo, el instinto, la selección natural— deberían también ser valorados a la luz del efecto destructivo ejercido sobre la cultura, impacto que registró en casos notorios de crueldad y erotismo en las (des)construcciones sociales de sus novelas.

Los movimientos de vanguardia, por su parte, estaban siempre más cercanos de lo que se pensaba de sus fuentes en el esteticismo de fin de siglo, según Jorge de Sena («O vanguardismo», *A literatura inglesa*, Lisboa, editora Cotovia), hasta exagerando en los ataques ofensivos y en el lenguaje virulento para esconder la pertenencia a un pasado que revelase su «duplicidad ideológica», como una expresión más de la radical crisis de las sociedades

burguesas. El profundo malestar social observado a raíz de la metáfora antropófaga por Luiz Costa Lima («Antropofagia e controle do imaginário», *Pensando nos trópicos*, Rocco), refleja la preocupación general por las implicaciones y consecuencias de las supuestas leyes naturales: en el caso, la de la lucha por la supervivencia, y la de la mentalidad del hombre primitivo en estado de naturaleza. Si en el humanismo y en el manifiesto hay sátiras graciosas del determinismo y del estoicismo del postdarwinismo social, construidas retóricamente por los autores con una fina comicidad irónica, hay asimismo en los dos autores un reconocimiento implícito de la nueva presencia e incluso de la utilidad del estado salvaje, aceptado como una de las constantes de nuestra evolución social y filosófica. En la locura antropofágica existe una seria meditación acerca de los valores occidentales. Una lectura comparada *Humanitas-Antropofagia* nos podría ayudar a valorar la contribución del pensamiento antropófago a la teoría de la filosofía cultural, como crítica al racionalismo científico, desde los orígenes de una especie de nuevo primitivismo en el postdarwinismo de fin de siglo hasta su manifestación radical en la primera fase de la modernidad vanguardista.

## Hambre eterna

La antropofagia del humanismo aunque no emplee el término, se manifiesta en el primitivismo y en los conceptos de forma, lucha y cuerpo asociados a un estado de naturaleza. Los humanos están reducidos al primitivismo más terreno: observando la lucha de dos perros por un simple hueso, Quincas piensa en otro espectáculo más bello; una lucha de hombres con perros por la poca comida miserable que hay en el mundo. El hilo central de su filosofía es el hambre, simple condición física que para Quincas es la única ley de vida y principio de sobrevivencia. Una vez que todo forma parte del cuerpo universal de *Humanitas*, substancia absoluta, el hambre siempre culmina en un acto de unificación en vez de ingestión: «Sólo la antropofagia nos une» (*Manifiesto antropófago*). *Humanitas* es un antropófago con apetitos «cósmicos»: a través del hambre se consume, se vuelve manifiesto y se unifica al cuerpo primitivo, de donde todo nació y en lo que todo permanece.

Acordándose de su abuela, que fuera atropellada por un carruaje, Quincas piensa:

Humanitas tenía hambre. Si en vez de mi abuela fuese un ratón o un perro, es cierto que mi abuela no moriría, pero el hecho era el mismo... Humanitas necesita comer (*Quincas Borba*, VI).

Ambos, Machado y Oswald, se aprovechan del antropomorfismo, de ese salto en la lógica que extrapola de un atributo «primitivo» los términos de una nueva filosofía universal de la cultura. La sátira se reitera en el paso del contexto individual al genérico: el hambre abstracto de *Humanitas* acabó devorando a la abuela concreta del filósofo. «No hay muerte», explica Quincas, negando cualquier significado al individuo y considerando la «absorción» de la abuela como una necesidad para la supervivencia del cuerpo mayor de *Humanitas*. Se lee en el imperativo «Humanitas necesita comer» otra vertiente de la formulación del manifiesto «Única ley del mundo».

La contradicción entre individualismo y especie que aparece con mucha fuerza en la sátira machadiana, tiene una posible fuente en Swift. En el cuarto viaje, impresionado por la información de la existencia de una raza de inmortales, los Struldruggs, Gulliver comienza a encarar a la humanidad como un jardín de tulipanes donde la importancia de una flor se pierde frente a la constante renovación de la especie en cada primavera.

Primitiva y desenfrenada, el hambre sigue una ética de lucha evolucionista, convertida en la principal función de la existencia humana, provocando guerras que limpian a las sociedades de los más flacos. Como ilustración, Quincas recorre el primitivismo mítico, inventando una fábula de dos tribus famélicas que luchan sobre un campo de patatas, suficientes para alimentar sólo a una de las tribus y permitirle atravesar una montaña y salvarse.

Teniendo la supervivencia como máximo valor, Quincas invierte la moral declarando que sólo la guerra preserva la vida. Apoyado por otra metáfora antropomórfica, la de la descomposición orgánica de la naturaleza, alega que la guerra es también higiénica, eliminando la podredumbre, la corrupción y las infecciones sociales. Quincas concluye que en el paganismo bélico existiría el camino más indicado para la felicidad de la especie humana: «La alegría es la prueba del nueve» (*Manifiesto antropófago*).

La lucha por la supremacía alcanza a los sistemas filosóficos: Quincas afirma que el humanismo está «destinado a arruinar a los demás sistemas». La competición entre pensamientos es el blanco de otra sátira desmedida, bordeando en esta ocasión la locura, en el diálogo imaginario que Quincas establece con Pascal. La cuestión de la primacía del hambre le lleva a aquél a entrar en un debate con el pensador francés a fin de comprobar la superioridad filosófica del humanismo. Con base en la antropofagia, afirma que el hambre es más significativa que la muerte, porque la conciencia de la muerte dura poco y acaba de una vez, en tanto que el hambre prolonga la conciencia de la condición humana y promueve el entendimiento del universo: